

Europa y del Oeste de Asia. Este problema sólo se presenta claro en cuanto al alforfón; de esta planta existen varias especies aun en Rusia, de suerte que ya Pallas pudo recomendar el cultivo del *Polygonum convolvulus*. El mismo viajero describe cómo los katchinzes recogen los granos del alforfón que crece en estado silvestre guardando una parte de ellos para sembrarlos, en lo cual se ve claramente la transición a la agricultura. Creemos oportuno hacer mención en este lugar de la riqueza que los bosques del Thianchán septentrional ofrecen en árboles frutales, especialmente en manzanos y albaricoques. «Llegamos al Kungus — escribe Prschewalskij — en la época en que los manzanos estaban en sazón; los árboles estaban materialmente cubiertos de frutos y en el suelo se levantaban verdaderos montones de ellos, de modo que los cazadores hubieron de andar algunos centenares de pasos por entre manzanas.»

La fauna del Asia central sin ser tan rica como la de las estepas africanas, ha proporcionado series enteras de animales domésticos que luego se han diseminado por todo el mundo. Del género de los antílopes encontramos el antílope con bocio y la saiga; del de los roedores, cuya superabundancia hace de ellos una verdadera plaga, algunas liebres, colonias de citilos y ratones del Labrador (*Meriones*) y un jabalí; y de los solípedos, el asno salvaje. El camello salvaje sólo aparece en el desierto que se extiende al Oeste del Lob Nor (Kumtag), en el territorio del bajo Tarim y en el Kurutag, y durante el verano sube a las montañas hasta una elevación de 3.500 metros. En los montes hay algunos antílopes, varias especies de ovejas y de cabras silvestres (*Ovis Poli*, *Pseudois Nahoor*) y el yac que llega hasta el Pamir y el Altintag; en las estribaciones de las cordilleras encontramos el ciervo maral. Entre las fieras pueden citarse el tigre, el manul, el irbis, el lince, el lobo, el zorro, la marta, la nutria, el oso del Thianchán y el del Himalaya. Las aves abundan, especialmente en los lagos, como el Kuku-Nor, y en las montañas de las estepas se encuentra gran número de perdices y codornices de distintas especies. Los faisanes, tan abundantes en el Himalaya y en el Kuenlún, déjanse también ver en el Thianchán: en las estepas del Volga hay tal abundancia de abejarrucos que en algunos puntos se hace imposible la apicultura. No olvidemos, por último, consignar la gran cantidad de peces que existen por lo menos en los lagos y ríos del Norte del Asia central, el número extraordinario de unidos que hay en los torrentes y la espantosa plaga de mosquitos que pueblan especialmente los lagos salados.

## CAPITULO II

### PUEBLOS EMIGRANTES DEL ASIA CENTRAL. — GENERALIDADES

«Con razón puede decirse de los turcos y de los yusbecos que son división y separación de varias naciones, madre de valientes héroes, árbol genealógico de grandes monarcas.»

ENGELBERTO KAMPFER.

La raza mogola. — Mogoles. — Tibetanos. — Turcos. — Tribus aisladas. — Rasgos característicos de los tres grupos étnicos. — Cuestión de procedencia. — Insuficiencia de la historiografía indígena. — Distribución geográfica actual. — Territorios turco, mogol y tibetano. — Puntos de cruzamiento. — Nuevos cambios de residencia. — Leyendas de tribu. — Indicios en el idioma acerca de la patria primitiva. — Sepulcros de pueblos extinguidos en Siberia. — Edad de cobre en el territorio del Irtysh. — Explotación de minas entre los chudes.

La raza mogoloide de tal manera predomina en la porción más grande del Asia central, entre los pueblos emigrantes, que, salvo muy contadas excepciones, podemos

considerar como mogoles a todos los individuos de estos pueblos, siéndolo más los que llevan este nombre y menos los turcos y los tibetanos. Desde los tiempos de Blumenbach se ha tenido a los mogoles propiamente dichos por los tipos más genuinos de la raza mogoloide: la estatura media de los hombres que es de 1'635 metros con tendencias a la preponderancia de medidas más bajas, el color amarillo de cuero claro de la piel que en las partes descubiertas del cuerpo puede convertirse en rojo oscuro, los ojos de un pardo subido, los cabellos rústicos, lacios, negros como el azabache y de corte generalmente circular (1); la escasez de vello y sobre todo de pelo en la cara, en la cual sólo el bigote se presenta algunas veces poblado, las piernas cortas y en su mayoría torcidas, la cabeza grande y el cráneo generalmente braquicéfalo y sólo dolicocefalo en un número de individuos cada día más reducido; el rostro ancho con los pómulos salientes, el vómer ancho y hendido, la frente poco convexa, el corte de los párpados estrecho y oblicuo, la mandíbula superior algo saliente y la dentadura fuerte: tales son los caracteres que indujeron a Blumenbach a señalar a los mogoles como tipo de su raza amarilla ó mogola. Por su notable fuerza corporal, por su escasa sensibilidad al clima y al dolor físico y por la finura de sus sentidos forman los pueblos de esta raza entre los más vigorosos y los más aptos. A esta clara definición de la raza mogola se ajustan las descripciones de los mogoles allí donde se presentan exentos de toda mezcla (véase el grabado de la pág. 305). En los territorios del Sud, en donde los tibetanos aparecen desde muy antiguo unidos a los mogoles, encontramos mayores diferencias; y aun cuando en el Tibet septentrional apenas puedan ser separados geográficamente los tibetanos de los genuinos mogoles, esta homogeneidad no parece general. Prschewalskij describe en los siguientes términos a los tibetanos nómadas del Sud de la cordillera de Tanla que son considerados como más afines de los tangutes: «Los hombres son de estatura regular, pero de no muy fuerte constitución; el color de su piel es siempre muy moreno, su cráneo es prolongado y aplanado en los lados, su frente achatada, el vómer comprimido, la nariz por regla general recta y afilada y los pómulos algo pronunciados; sus labios son en algunos casos gruesos, su barba escasa y los más de ellos se arrancan los pelos; en cambio su cabellera negra cae sobre sus espaldas en largos y gruesos mechones. Las mujeres son de baja estatura, sucias y casi todas feas y tienen la piel de un color más claro que los hombres.» En cuanto a los rapaces iograios del Tibet septentrional afines de los tangutes, el propio autor los describe también como de rostro feo y anguloso, de cabellera larga lacia, negra y desordenada, de piel oscura y sin más pelos que unos pocos al rededor de los labios y en las mejillas; de los daldes, dice que su fisonomía presenta un carácter mezcla de rasgos mogoles y chinos. Con esta descripción coinciden en lo fundamental casi todas las descripciones inglesas de los pueblos del Himalaya: la mayoría de ellas consignan la fea angulosidad del rostro y a menudo el color oscuro de la piel, caracteres que se relacionan íntimamente con los rasgos fisonómicos de los mogoles. Así sucede con los ladakis y con los baltis designados como mogoles puros; Vigne equipara a los baltis con los cachemires, aunque no en lo que toca a la belleza, pues dice que las cachemiras son ge-

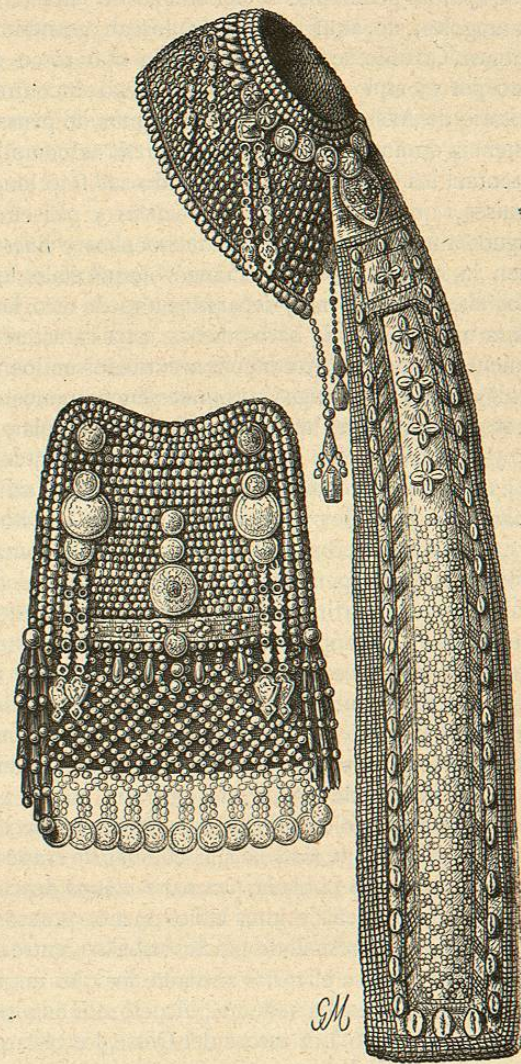
(1) Pallas dice que entre los mogoles no vió más que cabellos negros; pero entre los buretas se ha comprobado la existencia de algunas aunque muy pocas cabelleras rubias, y las de los niños kalmukos son a menudo de color castaño.

neralmente bellas y las baltis feas; Atkinson fija la frontera que divide a los afines de los indos y a los mogoles en la línea que separa a Kulu de Lahul y de Spiti, colocando en la parte de Kulu el tipo indo y en la de Lahul y Spiti el tipo mogol. Los ghurkas son famosos por su alta estatura, por su robustez y por cierta regularidad y rudeza en la configuración y expresión de la cabeza: el color de su piel oscila entre el amarillo y el moreno claro. Los limbos ó ekthumbas del Nepal meridional y de Sikkim, al parecer afines de los tibetanos, que con los leptchas y bhutias incluye Dechy en la raza mogola, se distinguen de sus vecinos por su color más oscuro: los leptchas son pequeños, robustos y nervudos «sin las formas repugnantes de los tibetanos» (Atkinson) y los newares son pequeños y evidentemente oriundos del Asia central. En los pueblos que como los cachemires y aun algunos baltis se han mezclado con los indios, la fisonomía aparece ennoblecida por ser la nariz menos comprimida que en las ramas más septentrionales y más puras de la misma raza. En algunos casos aislados oímos hablar de caracteres negroides; tal sucede con la pequeña tribu de los fotos de la frontera de Bhután y del Indostán.

Los habitantes de las elevadas regiones de Sikkim, Nepal y Bhután se parecen a los tibetanos en el idioma y en los rasgos de raza; lo propio acontece con los montañeses de Loha-Daphla, con los habitantes de las tres provincias montañosas cachemiras de Leh ó Ladak, Balti y Gilgit, y con los de Spiti. También acusan a menudo una afinidad tibetana, aunque sólo en el lenguaje, los pueblos que habitan más abajo de tales alturas. Colonias de tibetanos residen en la Cachemira propiamente dicha y la población de la zona central de Bhután, Sikkim y Nepal es designada como un producto de una antigua inmigración tibetana modificada por nuevos elementos de mezcla, al paso que se encuentran huellas de una población prearia con afinidades tibetanas hasta las estribaciones del Himalaya occidental y hasta las cordilleras del borde sudoccidental de Bengala. En todo esto, sin embargo, hay algo de hipotético porque no es sólo el lenguaje lo que decide la dependencia etnográfica; por esto no damos gran importancia a los datos contradictorios cuando, por ejemplo, Ujfalvy afirma que los baltis del Pequeño Tibet no son tibetanos, como hasta entonces se había creído, sino verdaderos arios como sus vecinos los dardos. La inclusión de todos estos pueblos dentro de un grupo tibetano descansaría sobre bases más sólidas si la expresión «raza tibetana» supusiera una noción perfectamente definida en vez de significar únicamente una rama de la «gran raza mogola» en la que muchos reconocen sólo limitadas desviaciones, puesto que si bien encuentran con el abate Desgodins «los ojos pequeños y negros, los pómulos salientes, la nariz achatada y la boca grande», siempre aparecen estos rasgos combinados con la alta estatura y la estructura de raza de los habitantes de las montañas. Prschewalskij, cuyas palabras merecen entero crédito, dice que la pertenencia de los tibetanos a la raza mogola no es tan absoluta como generalmente se ha dicho y que no se semejan a los mogoles ni a los chinos sino que recuerdan a los gitanos, desprendiéndose de la descripción que de ellos hace que sus fisonomías son una mezcla de rasgos mogoles é indios. Y cuando se lee la descripción de los kara tangutes residentes al Oeste del oasis Guidui, que se diferencian de los tibetanos por su cara ancha, por sus orejas apartadas de la cabeza y por sus ojos oblicuos (rasgos que se notan más en los jóvenes) y que ofrecen más bien el tipo mogol, casi se inclina uno a creer que al Sud del Tibet prevalecen los

caracteres indios y al Norte los mogoles. El hecho de que también en el Norte predomine el color oscuro de la piel, como se refiere asimismo de los tangutes, contradice la teoría de que este color depende de la poca elevación de los territorios tropicales y demuestra que el aire de las grandes alturas no puede, por lo menos en poco tiempo, aclarar el color de la piel de un pueblo.

En estos pueblos se observan una porción de caracteres corporales que seguramente obedecen a circunstancias externas. Los habitantes de las comarcas de Ladak y de Bal-



Adorno de los baskirios (según Ujfalvy)

tistán son una raza pequeña: los ladakis son de más baja estatura que los baltis, gentes débiles según las descripciones; su estatura media es de 1'57 metros en los hombres y de 1'45 en las mujeres. En las alturas de 4.300 metros, en donde están emplazadas la mayor parte de las aldeas de Ladak, una naturaleza miserable impide que los individuos sean vigorosos y en los cálidos valles situados 3.000 metros más abajo las emanaciones palúdicas dificultan el bienestar de los habitantes. Hasta en el tan famoso Sikkim los miasmas hacen imposible toda residencia humana en el fondo de los valles, y por esto las pocas chozas que allí se encuentran aparecen en su mayoría construidas en las estribaciones de las montañas y los últimos lugares habitados están a una altura de 2.200 metros. En estas comarcas el viajero anda semanas enteras sin encontrar un solo ser humano, y únicamente en las elevadas crestas de los montes álzase algunos monasterios budhistas. Dechy recorrió algunos de éstos, como Rintschinpung, Tassiding,